

DE BUENAS LETRAS

# El verso azul

ANTONIO CARVAJAL

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**A**tendiendo a la convocatoria de una justa poética, el trovero de turno,preciado de sus latines, descuelga de su aposento un morrión de epigramas con penachos diversos, ya coriambos azules, ya amarillos espondeos, dáctilos encarnados, morados anapestos, naranjados yambos y troqueos carmesíes, y se afana en la construcción de cadenciosos himnos y de dísticos elegíacos en manera elegante. Esto ocurría cuando se pensaba que el latín iba para eterno, pues para algo el venerable Jerónimo había trasladado a dicho idioma la palabra divina asentada en viejas lenguas sin imperio, e incluso se respetaba la grafía con que un justador, Miguel de Cerbantes (sic), fijaba su nombre al pie de una canción a lo Garcilaso, pues con gracia, erudición, elegante estilo y guardando el rigor lírico la hizo, quizá esperando ganar un jarro de plata u ocho varas de chamebote o unas medias de seda. Quién ganara los certámenes hoy poco importa, aunque bueno sea saber que al que mejor hizo un epi-

grama latino en seis dísticos a la ciencia infusa de la madre Teresa de Jesús se le dio un Agnus de oro; al segundo, uno de cristal y al tercero las obras bien aderezadas de fray Luis de Granada, en tanto que quien mejor compuso un himno latino en versos yámbicos, dísticos, y catalécticos, a la medida de aquel de Aurelio Prudencio a la transfiguración, obtuvo un retrato con un marco dorado, el segundo un anillo de oro y, el tercero, un Agnus guarnecido de oro. Oro, plata, chamebote, seda, no pueden ocultar el gran hallazgo expresivo, el ver con los oídos los metros latinos coloreados, dos siglos y medio antes de que Arturo Rimbaud, un osado jovenzuelo francés, nos hiciera paladear en un soneto el sabroso colorido de sus vocales (A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul) y casi adelantándose tres siglos a Rubén Darío, un nieto de España nacido de América, que se presentó en Madrid proclamando que «soy aquel que ayer no más decía / el verso azul y la canción profana».

En aquel tiempo, entre la o de Rimbaud y

el verso de Darío, ambos azules y dichos, entiéndase: sonoramente azulados y azulmente sonoros, don José Echegaray había publicado un artículo de divulgación científica en el que aún podemos leer: «No: todavía no podemos ver en el espacio ni la palabra humana ni las armonías musicales. Hemos de contentarnos con oírlas, y, cuando más, hemos de almacenarlas –y no es poco– en el fonógrafo». Pero el mismo insigne matemático y premio Nobel de Literatura, primer español así distinguido, ya había relacionado la armonía de los colores y la armonía de los sonidos y, si no se declaró sinesteta, a un paso estuvo de coincidir con sus compañeros de año de fallecimiento (1916), Rubén Darío –que pintó con palabras una ‘sinfonía en gris mayor’– y el músico ruso Scriabin, que compuso obras armonizando los colores de sus notas y era capaz de percibir el color sonoro en obras ajenas, como algunas de Rimsky Korsakov y otra de Rajmaninov.

Es problema de la sinestesia que lo raro se entiende muchas veces como enfermedad; en el caso de la percepción sonora del color y cromática del sonido se añade que muchas drogas la provocan, y hasta ahí no se puede llegar en una sociedad tan falsa e hipócrita como la nuestra. Bécquer sabía un himno gigante y extraño, nuncio de aurora en la noche del alma, y aspiraba a escribirlo con palabras que fueran a un tiempo suspiros y risas, colores y notas: pasado más de siglo y medio, a pocos les suena raro.